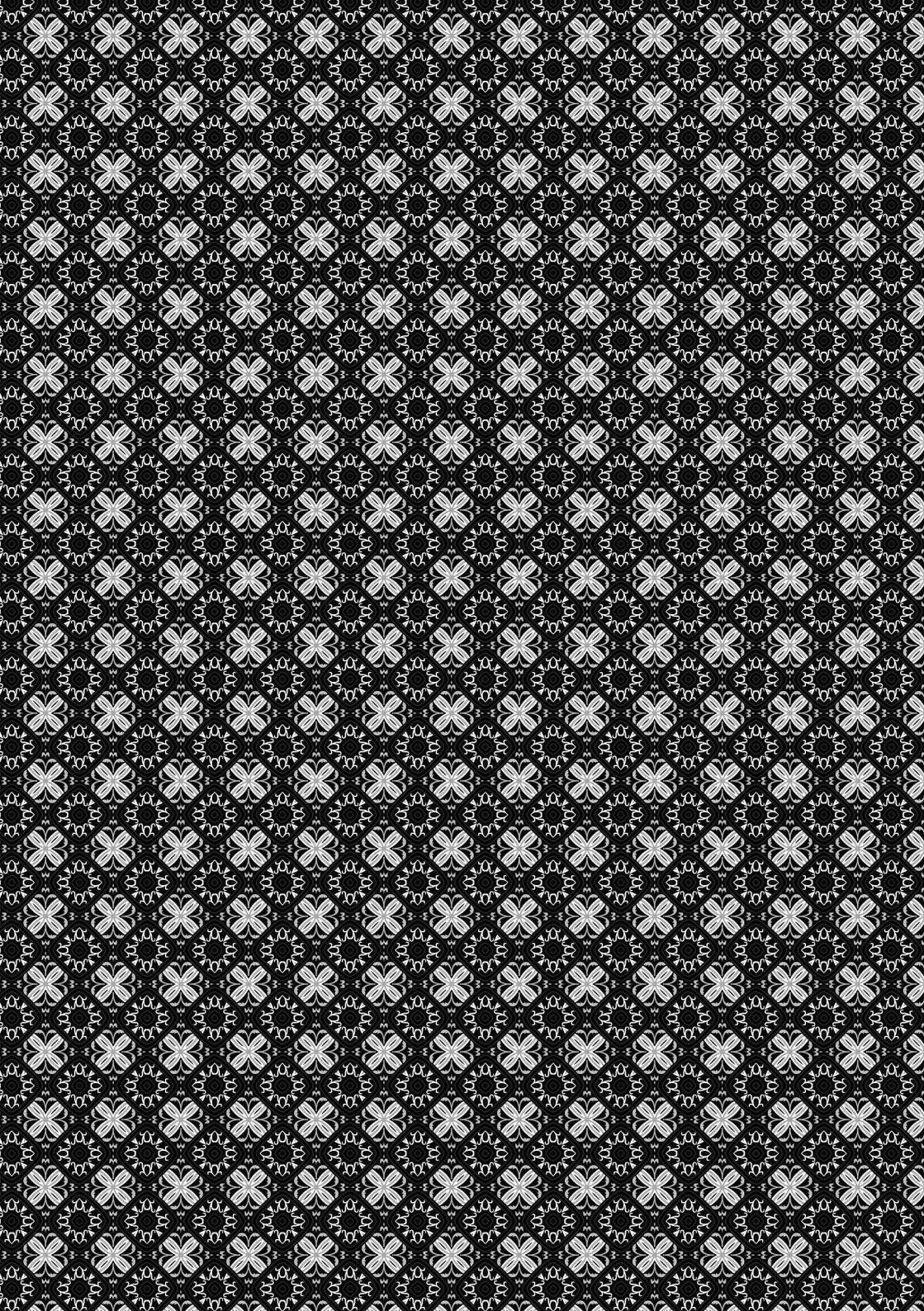
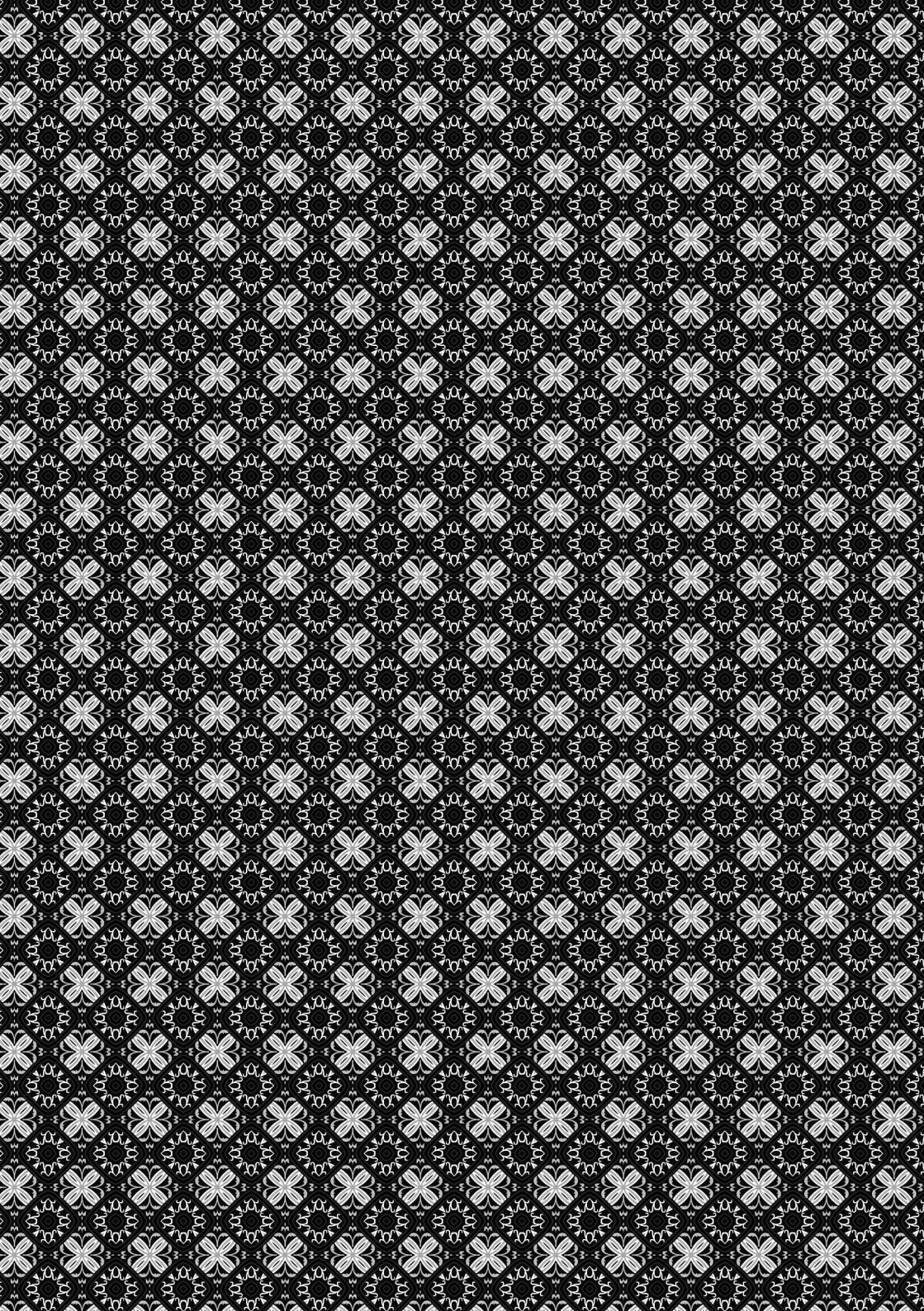






La memoria de Elish

© Cristina Calle Cordero , 2021

Depósito Legal: xxxxxxxxxx

I.S.B.N.: 978-84-18881-57-2

Impreso en España con papel con certificaciones
FSC y PEFC (papel obtenido de bosques sostenibles)



UNO
EDITORIAL



unoeditorial.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

La memoria de Elish

CRISTINA CALLE CORDERO

ÍNDICE

1. MUMMUT THEOP	11
2. LOS MAYIM	15
3. TIAMAT Y EL REFLEJO.....	27
4. EL HOMBRE DE HIERRO	39
5. MARA	51
6. EL OLVIDO.....	63
7. LA PROMESA	67
8. LA MEMORIA DE ELISH	71

A mi amigo Manué
*Te llevamos **en** nosotros*

1. MUMMUT THEOP

NO QUEDABA NADIE en ninguna de las calles de La Cumbre. Tan solo se intuía en el silencio el eco de los pasos atropellados de Mummur Theop. Las sombras de los súbditos recorrían las paredes de piedra, siguiendo el rastro de aquel hombre, exhausto ya de la huida, acorralado por los gritos del escuadrón que rompían la magia de la noche bethelí.

—¡Mummur Theop! ¡Para! ¿No entiendes que has perdido la cabeza? ¡Alto! ¡Te alcanzaremos! ¿No lo ves? ¡Dignidad, Theop! ¡Dignidad!

Esa palabra resonó en cada una de las células del perseguido. «Dignidad» se clavó en su pecho como un fuego de mil puntas que abrasaba a la vez su estómago y su integridad. Esa palabra frenó sus pies y derribó sus hombros. Theop paró, como si el tiempo dejara de existir, sabedor de que ya no había dónde huir. «Inspirar con dignidad» era el estandarte de la casta de los Theop. Lo digno de la llama naciendo en el pecho; el primer paso de cualquiera de los mundos posibles.

—Qué sabréis vosotros de dignidad, si servís al abandono —murmuró Theop entre dientes, un segundo antes de que los súbditos de la casta Real irrumpieran en aquella calle.

Theop sintió cómo le alcanzaban por las muñecas dos hombres, fuertes y firmes. Podía notar el latido de sus corazones temblándoles en las yemas de los dedos. Tras su espalda, llegaba una decena más de soldados. «Como si fuera yo un delincuente», pensó Theop, quieto y aprisionado, debajo de todas las estrellas que existen en el cielo oscuro, aunque en Bethel el cielo nunca es tan oscuro, porque la luz de su pequeño sol traspasa fácilmente los límites de la esfera. En Bethel, el planeta que puede recorrerse en tres días de norte a sur y en otros tres días de este a oeste, no hubiera habido un lugar seguro para Theop y el secreto de la casta real. Las noches en Bethel son como un atardecer constante que rompe un amanecer claro y brillante. Solo existe un punto de oscuridad, justo en el centro del lado oculto. Allí donde se encontraba el futuro inmediato de Theop: Non Sum, la tierra de los Olvidados.

—Por ahí se llevan a Mummut Theop —recitó un bethelí desde su ventana—. Por ahí se lo llevan, Olvidado será. Qué haría el pobre Theop para traicionar su casta y dejarnos a todos sedientos de él.

Esa vergüenza, Mummut Theop no se la merecía, pero no pudo decir nada. El bethelí ya no le creía, incluso sin saber qué había pasado. Nadie lo haría. No era la primera vez que pasaba y Theop lo sabía.

La comitiva puso rumbo de vuelta a Palacio, rodeando a Theop y armonizando sus pasos como un ejército que custodia a un enemigo de la corona. Ya solo se escuchaba en la noche bethehí el sonido de los ásperos ropajes avanzando sendero arriba, en el silencio del final de Mummut Theop, a quien, por sentencia real, le sería arrebatada su memoria y, con ella, quién era él y quiénes habían sido y serían todos los de su linaje. Moriría la casta y su labor sería adoptada por el individuo Zero, monarca de Bethel, como todas las labores de todas las castas que, con el tiempo, se fundirían de forma natural con el rey, como el oro se rinde al fuego, o que fueran condenadas a perder su bien máspreciado: la memoria. Mummut Theop sería un Olvidado más en Non Sum, y ya nadie, nunca más, hablaría de quién fue y qué vino a traer al mundo.

2. LOS MAYIM

ELISH MAYIM SIEMPRE limpiaba a sus hermanos espejos con un paño suave y rojo, de terciopelo. Quien lo había visto hacer aseguraba que no podía distinguirse dónde acababan las manos y dónde empezaba el reflejo: que no se da uno cuenta de si los dedos los tenía fuera o dentro de ellos. Aquel era un ritual que comenzaba cuando aún La Cumbre, el núcleo urbano de Bethel, estaba a oscuras. El joven encendía las siete velas y los atendía, uno a uno, de izquierda a derecha, tal y como habían hecho todos los ancestros de su casta desde que Bethel era Bethel.

Lo que no era habitual era que alguien viniera a su puerta a esas horas. Fue un golpe, un solo golpe con el llamador. Tan solo Limmir Gaizhan golpea una vez y espera. La paciencia que solo tienen los que trabajan la tierra. Aunque, en esta ocasión, solo fue una vez, pero una vez que parecía desesperada.

—Limmir Gaizhan. Gracias. —Elish bajó su mirada en una reverencia, como haría con cualquier otro individuo de Bethel, porque así entienden que otro vaya a tu casa y, en

general, que otro exista: como un acto de agradecimiento infinito.

—Gracias, Elish Mayim. Verás, perdona que te moleste a estas horas, aún andarás acicalando a tus hermanos. Sabes que una vez venida la luz a esta parte he de encargarme de recoger los frutos.

Gaizhan, de la casta de los Recolectores, abría los ojos con el primer celeste y preparaba las tierras fértiles, hermanas de nacimiento, para dar la bienvenida a los primeros resultados del día. Con los primeros rayos de su joven sol, brotaban las flores y los frutos, que estarían disponibles hasta que el astro se ocultara por el horizonte bethelí. Esto hacía cada día, en su labor como descendiente de la casta de los Gaizhan.

—Tus hermanas tierras son muy agradecidas, ¿acaso ya repartiste las semillas, Limmir?

—Todas, porque esto urgía.

Mayim sonrió al hombre, robusto y moreno como el campo. Debía rondar la última etapa de su vida, quizás la sexta década. Un bethelí vive seis o siete de ellas hasta que, un día, su corazón les da el primero de los Tres Avisos.

Un aviso para que prevenga que se acerca el final y pueda recoger todos los registros que, desde su primera década y durante toda su vida, haya recopilado con datos sobre sus descubrimientos y avances como casta y como individuo, y que albergará la biblioteca del Palacio Real, con absoluto acceso a todos los ciudadanos y sin ningún tipo

de restricción, según regula la propia ley de Bethel. Un segundo aviso, para que concluya su labor y deje preparado todo para su descendiente en el linaje, que nacerá a partir del proceso de atomización de su propio cuerpo. Y, por último, un tercer aviso para que el individuo se despidiera del resto de los bethelíes, para que brinde con ellos y coma en sus mesas, para que tome consciencia de lo importante que ha sido su labor en este pequeño fragmento de vida interestelar y que entienda que su memoria seguirá viva. Podría morir un bethelí antes de los Tres Avisos si fuera condenado al Olvido por razones de deslealtad o desprecio a su pueblo, ya que su vida no duraría más de unos cuantos soles sin su memoria. Arrebatarse a un individuo su memoria es, en Bethel, una sentencia mayor que la propia muerte, que para esta sociedad es totalmente necesaria, parte indisociable de la vida.

Así cesa el latido de los bethelíes: con Tres Avisos. Tres avisos y a Elish le infundió la mirada preocupada de Limmir Gaizhan que, quizás, habría recibido, al menos, dos de ellos.

En un gesto suave, Elish cogió al hombre de la mano y lo llevó hasta el interior de su casa. La casa de los Mayim: sobria, vacía, limpia y disponible. Así, llegaron hasta la habitación donde los esperaban los seis espejos, relucientes, sencillos, como Elish Mayim, hermano de todos ellos, de aquellos que llegaron al mundo con él, en la misma venida.

—No puedo dejar de sorprenderme, Elish. Algo tuvo que ocurrir en el universo el día de tu llegada. Nadie jamás había venido a este mundo con seis hermanos de casta.

—Tú viniste con cuatro tierras y resultaron fértiles durante toda la estación.

—Con cuatro y dos enjambres, Mayim. Hermanas de casta y hermanas de Bethel, pero ¿tú? No es usual que venga uno al mundo solo con hermanos de su casta. Una venida siempre trae un individuo y hermanos de las dos clases, sin embargo, la tuya... Dime, seguro que lo sabes, que te lo habrán contado o lo habrás leído en los registros, ¿acaso la atomización de tu ancestro fue particular? Quizás los Encargados manipularon el proceso para que de las células del viejo Kalish solo vinieras tú y los espejos. Pobre Kalish Mayim, ni muerto lo dejaron en paz, siempre pidiéndole más y más. Qué gran individuo.

—¡Gaizhan! —Elish sonreía sorprendido—. Pero ¿qué dices? Tanto madrugar no puede ser bueno para ningún ser con vida. Fue el azar, que así lo quiso, una rara excepción, sí. Y respecto a mi ancestro, cierto que fue un gran individuo, o eso dicen todos los que lo conocieron y los registros. Hizo lo que se le pidió y eso le honra, al igual que yo haré lo que se me pida y por eso te abro la puerta aún sin luz.

—Sois importantes los de tu casta. Sin tu línea de linaje, ¿cómo íbamos a trascender? Imposible. No avanzaríamos en nuestra labor y en nuestro ser, no se unificarían las castas, no llegaríamos a transformarnos en el Uno y el Uno no

podría crear una vida nueva en otro lugar. —Limmir miraba al muchacho como se mira a los enigmas que no se pueden resolver.

—No somos más importantes que todos los demás. Es lo primero que un Mayim comprende cuando refleja a otro. Todos somos relevantes para la trascendencia. Pero cuenta, Gaizhan, ¿qué puedo hacer por ti?

—Está bien. —Limmir retomó el asunto de su visita y se dispuso a explicarle al muchacho—. Se acaba la estación, Mayim, y la mitad de las tierras aún no han traído el fruto del tiempo. Siguen con el antiguo, que ya apenas tiene sabor ni color. Los recién venidos no podrán alimentarse mucho tiempo más de ellos. Y me digo, «Gaizhan, ¿alguna vez tus hermanas las tierras han dejado de aprovisionar lo que Bethel necesita? No, nunca», me respondo, ¿sabes? Y al instante me digo «Pero, Gaizhan, esto no había pasado nunca. A estas alturas ya estarían los venidos bien rechonchos —Gaizhan sonreía imaginando a los bebés, rosados y de carnes firmes, aunque enseguida sus ojos se nublaban de preocupación—, y no lo están. Y seguro que es por algo que no estoy haciendo bien». Eso es lo que me digo también. Entonces se me coge un nudo aquí, Mayim, y los días parecen más largos, y los frutos más lejanos. Ya sé que esto, a veces, pasa. Que es la propia tierra la que sabe si hay venidos que han de morir para equilibrar la sociedad porque, por el motivo que fuera, no se pudo interrumpir la venida con anterioridad. Lo sé a ciencia cierta porque lo leí una vez, cuando

era muy joven, en el registro de mi casta, y otra vez me lo especificó de buen grado un Analista, cuando el parón del fruto de hace diez estaciones. Aunque, al final, los frutos sí que surgieron. Pero ¿y si no surgen esta vez? ¿Y si no es que la tierra los quiera matar de hambre, Mayim, y soy yo, que no sé hacer de repente mi labor? Eso sería como no ser quien soy, y si no soy quien soy, ¿merece la pena lo que hice en vida? ¿Qué le dejo a mi linaje?

Elish podía sentir la tristeza y la desesperación de Gaizhan en cada rincón de su cuerpo. Quizás, solo porque el joven estaba hecho de espejo, como sus hermanos. Porque su sangre era lo que los Mayim llamaban «agua» y en ella todo tenía su cara de vuelta. Quizás porque ya había reflejado a tantos bethelíes que su cuerpo podía comprender lo que decían casi sin estar en su presencia. La mirada de Gaizhan, negra y profunda, descansaba en la de Elish, celeste, como el cielo iluminado por el pequeño y joven sol.

—Entiendo lo que dices, Limmir. Los días pasan y tú solo quieres que todo siga su curso, sin mayor problema que tener el tiempo suficiente para pararte a descansar las manos. No es fácil para ti pensar que no haces bien lo que haces, por ser quien eres.

—Así es, Mayim.

Elish llevó entonces a Gaizhan de la mano al centro de la habitación, donde lo rodeaban los seis espejos. Los seis hermanos de Elish, todos Mayim. Nacidos en una sola venida, a partir de la atomización del cuerpo de Kalish, el

anterior en la casta. Razón tenía Gaizhan en que no era lo habitual.

—Siéntate, Limmir, que yo me siento aquí, contigo. —No acostumbraba Elish a soltar la mano de quien venía a reflejarse—. Cierra los ojos, siente cómo aprieto tus dedos contra los míos. Y ahora los suelto. Y ahora los aprieto. Los suelto de nuevo. Abre los ojos, los Mayim te esperamos.

Los párpados de Gaizhan, trémulos, comenzaron a abrirse para contemplar su reflejo en los seis espejos, de la mano de Elish Mayim.

—*Lo estás haciendo mal, Gaizhan, eres una vergüenza* —rezaba la imagen del viejo Limmir en el primero de los espejos.

—*Debes confiar, como siempre confiaste. Como han confiado todos los Gaizhan desde su primera venida, en la llegada del Uno de los Niethenses a Bethel. Es motivo suficiente para saber que todo está en orden* —contradecía la del segundo de sus reflejos.

Así era. Bien sabía Elish que la casta de los Recolectores era una de las más antiguas de Bethel, incluso más que la de los Mayim, los Reflejos. Era uno de los linajes primordiales, descendiente del Uno trascendido de la civilización niethense, que llegara a tierras bethelíes para crear un nuevo mundo, tal y como el Uno trascendido de Bethel haría llegado su momento: crear más vida y más trascendencia.

—Escúchalos, amigo mío. Solo eres tú, aunque no solo tú. —Elish señaló para Gaizhan el resto de los espejos, donde decenas de reflejos del recolector sonreían mirando la escena, en diferentes poses y con diferentes actitudes. Entonces, Limmir Gaizhan se dirigió al primero de los espejos:

—¿Qué tanto mal estoy haciendo?

—*Algo, digo yo. Porque esto nunca había pasado, ¿no crees? Es terrible* —respondió el reflejo.

Entonces, Elish se dirigió al Recolector.

—¿Puedes comprender su desesperación y su dolor, Gaizhan? —Elish sacó del bolsillo del harapo tosco y rayado que le cubría las piernas una fina aguja de metal y pinchó su propio dedo pulgar, dando paso a una gota transparente y limpia, capaz de reflejar el más mínimo destello en una habitación oscura. Acercó su dedo al pecho de Limmir, aquella alma de tierra, dejando allí la gota que, ahora, reflejaba la imagen del espejo.

—Lo comprendo, Mayim. Te comprendo —se dirigió el hombre a su primer reflejo—. Esta incertidumbre... Sientes miedo de no ser suficiente. De deshonar a la casta.

La imagen de Gaizhan comenzó a lamentarse, entornando su cuerpo, hasta parecer un niño perdido.

—*Tengo mucho miedo, mucho. Toda la vida trabajando y ahora... ¿Y si me he despistado? Si algo se pasó...*

Entonces intervino la voz del segundo reflejo:

—*Deberías confiar. Ojalá no estuvieras aquí* —concluyó ceñida en el enfado y la decepción.

Elish señaló la gota del pecho de Gaizhan, que respiró profundamente y se dirigió al nuevo dialogante.

—No quieres que esté aquí porque tú eres capaz de confiar en que lo que ha de ser, será ¿cierto? Y te desespera.

—*Mucho. Me estorba. Me cansa* —se quejó el segundo de los reflejos.

Limmir Gaizhan se levantó del sillón invitado por Elish, entonando un suspiro amplio, y se colocó enfrente de ambos espejos, al igual que los reflejos, que imitaban cada uno de sus movimientos. Elish, suave y atento, besó su mano y la soltó, pero solo de piel, porque presente, seguía. Entonces el Recolector tocó ambos reflejos, cada uno con una de sus manos, como quien está palma con palma consigo mismo, por dos veces.

—Ahora puedes entenderlos y darte cuenta de que eres más que ellos. Pregúntales, Limmir Gaizhan —dijo Elish—, ¿qué estaría bien hacer para ambos?

Gaizhan asintió y se dirigió a ambos espejos.

—Ahora decidme, qué estaría bien hacer para los dos —repitió el reflejado.

Ante sus ojos, los reflejos se miraron entre sí. Un diálogo del cual Limmir y Elish solo podían ser testigos. Pasados unos segundos, ambos respondieron, al unísono:

—*Todo haces, Gaizhan. Sigue haciendo todo. Todo y más. Haz el doble, si eso va a traerte calma. Revisa y vigila tu trabajo con el amor que tienes para Bethel y lo que haya de ser, será. Prepárate para que sea.*

Gaizhan, entonces, agachó su cabeza, asintiendo.

—Ya lo sé. Si más no puedo hacer. No puedo hacer, ¿sabes, Mayim? Pero lo haré. No será por mí. Y que Bethel disponga. Estoy al servicio.

El joven se acercó entonces al oído del reflejado:

—Recoge, Gaizhan, sus palabras, recoge lo que en tu cuerpo, ahora, habita, como el recuerdo sentido de su respuesta. Agradece porque viniste al templo de tu casa, tú. Protégelo, como un tesoro, de herirles o no darles un lugar en tu memoria.

El Recolector cerró los ojos, respiró profundamente y, al abrirlos, volvió a ver la imagen exacta de sí mismo, de nuevo todos juntos en él.

Cuando Elish fue a acompañar a Gaizhan a la puerta, el sol se colaba ya con fuerza por las rendijas de las ventanas. El joven miraba la silueta de Limmir, fuerte y ruda, bañada por la luz de la mañana, y le acariciaba el pelo, cano y robusto, capaz de reflejar todos los grises que no existen en el campo. Al darse la vuelta el Recolector para despedirse con una reverencia, clavó los ojos en el muchacho y echó mano de su corazón, cogiendo aire, sosteniendo la fría y fina punzada del tercer aviso.

—Mayim, mañana vendré a buscarte. Traeré vino de las tierras del este, ¡que ya sabes que en esta época es cuando merece la pena sacarlo a relucir! —esgrimió el hombre ante la sonrisa de aquel joven hecho de agua—. Hay buenos frutos para la cena y algo de pan. Quizás puedas ayudarme

con algún registro. Poca cosa me falta, pero tengo los ojos cansados.

—Será un honor, Limmir Gaizhan. Vete en paz.

Al cerrar la puerta, Elish pensó que probablemente no había un momento más contundente y bello que el reconocer el final de una vida. Quizás, el principio. Se dirigió a la sala porque le gustaba dedicar unos minutos después de marcharse el reflejado a tocar a sus hermanos. Para hacerse presente en el instante. Sentir el frío del marco metálico en la yema de sus dedos. Darle un espacio a la comprensión sentida de lo incomprensible. Contemplar el metal. Perderse en sus dedos. Besar el cristal.

3. TIAMAT Y EL REFLEJO

NUNCA LE HABÍAN parecido a Tiamat tan largas y angostas las terrosas calles de La Cumbre, a pesar de haber pasado su vida en la casa heredada de su linaje en el centro neurálgico de Bethel.

El calor, el gentío, los gritos de los poetas y los actores en una competición a pleno pulmón entre animales y cánticos de cambio de estación hacían del escenario un camino, cuanto menos, complicado.

Los ropajes se descolgaban de balcones y arcos como si fueran banderas y los harapos concluían en una armonía de roces desencadenados.

—¡Tiamat! ¡Tiamat Shalem! ¿Vuelves a La Cumbre? ¡Hace días que te esperamos! —exclamó uno de los participantes en aquel octavo día del equinoccio.

Hizo la mujer por atusarse la capa de esparto que cubría su cabeza, en un intento de ocultar el rostro, sin más suerte que la de ver colarse al artista en su camino.

—¡Tiamat! Qué alegría verte. ¿Vuelves? No sabes cuánto te necesitamos.

—No vuelvo, Kadul, aún no, pero prometo pasar unos días en la capital antes del próximo festival. ¿Acaso ya se acabaron tus canciones? —inquirió Tiamat, pasando la conversación al terreno de su ferviente y espontáneo demandante.

—Pues verás, acabarse no se han acabado, pero desde que Mummut no está, la verdad, Tiamat, no es que sea el Zero muy proclive a pasear por estos barrios. Varias veces intentamos que nos recibiera en Palacio, pero ya sabes cómo funciona. Con tantas labores no tiene súbditos suficientes para que le ayuden a darnos lo que nos pertenece.

—Entiendo. Mucha suerte. —Tiamat intentó zafarse de Kadul Amir haciendo entender que la conversación estaba acabada.

—Buena inspiración nos dejó el pulcro de Mummut, que a saber por qué llegó a traicionarnos. Pero, Tiamat, quizás contigo sea suficiente. «Contigo creamos, contigo somos». —Desde muy pequeña, todo Bethel saludaba así a Tiamat y a su antecesora antes que a Tiamat, y al antecesor de su antecesora y, así, hasta el primero de los de la casta de la Creación—. Anda, ven, toma un poco de vino, ¡eres bienvenida al recital!

Amir agarró del brazo a Tiamat para, en un gesto más violento que invitador, arrastrarla unos pocos pies hacia la plaza, llevado por la necesidad de retener a la mujer y hacerse con su presencia y sus dones. Ante esto, reaccionó Tia-

mat con un gesto brusco, paralelo al arqueo de sus cejas, al brillo de sus ojos y a la tensión que ocupara cada músculo de su cuerpo.

—¡Kadul Amir! —alzó la voz Tiamat Shalem, con el rostro rojizo y los puños cerrados y, casi en un segundo, se hizo el silencio—. ¡Si Mummut ya no está porque nos haya traicionado, y la labor de inspirar la contiene ahora el rey, deberíais personaros a decenas enfrente de su jardín, pidiendo lo que es vuestro! ¡Pisando los lirios blancos, arrojando las rejas doradas al suelo y no avasallando a una vecina por falta de lo que os pertenece!

Los festejantes no se atrevían a mover ni una palma sus cuerpos ni sus copas, entre la vergüenza y el asombro. No se equivocaba la joven Shalem en que eran pocas las quejas que llegaban a Palacio y muchas las que recorrían las calles y las casas de la ciudad.

Tiamat retiró su antebrazo de las manos de Kadul Amir, traspasando los ojos del artista con cien mil negros augurios y le dirigió, entre dientes, unas últimas palabras que se perdieron poco a poco en el renaciente murmullo del gentío.

—Cuidado, Amir, porque crear estáis creando, pero, si queréis crear algo que no sea desgracia, lo mejor será hacerlo cuanto antes y dejar de creeros unos pobres desgraciados, porque es en lo que os estáis convirtiendo.

La mujer escapó de la sombra del bethelí para enfilarse la calle del Aire, la más estrecha y sombría de todo el plane-

ta. Aquella donde, hacía tan solo unos soles, fuera detenido Mummut Theop en su camino interrumpido hacia la casa de los Mayim.

No sabía Tiamat cuántas veces había visitado a Elish en su vida. Lo que sí sabía era que, tal vez, fuera la única oportunidad de arrancarse el nudo del pecho, aquella duda de la garganta, el infame destino de las raíces de su pueblo.

—Shalem. Gracias —reverenció Elish.

—Gracias, Mayim.

—En tus ojos veo que no hay tiempo que perder, Tiamat. Pasa, abriré las ventanas. —Elish sintió la angustia y la furia en la mujer y quiso hacerle pasar de inmediato, girando sobre sí mismo para avanzar lo más rápido posible por el pasillo hacia el interior.

—¡Elish! No, verás... Sí, es verdad que esto urge, pero quisiera pedirte, por favor, que vinieras conmigo a mi casa, al este. No tenemos mucho tiempo, pero tengo a mis dos hermanos esperando en la muralla, llegaremos pronto, y puedes quedarte allí si cayera la noche, solo por hoy.

—Tiamat, sabes que he de estar disponible aquí. Si viniera alguien...

—Disponible estás, Elish: para mí. Estarás ayudándome y te aseguro que puede llevarnos todo el día, igual aquí que en el este. Por favor, Elish. —El tono de Tiamat parecía rogar clemencia mientras posaba sus manos en las del joven

Mayim—. Por nuestro pueblo te juro que no te lo pediría si no fuera necesario. Te imploro, Elish, a ti, que sientes mi cuerpo y sabes que te necesito.

—Está bien. Entra y dame un momento, hace calor aquí afuera. Voy a por uno de mis hermanos y a dar aviso a Foul por si alguien viniera a buscarme. —No tenía él ninguna duda de la veracidad de las palabras de Tiamat. Si acaso apareció una pequeña llama de tristeza en su corazón al entender que no iba a despedirse de Limmir aquella noche, pudiendo ser la última, aunque sabía que su vecino le diría que había tenido que marchar y, seguramente, se ofrecería para ayudarle y hacerle compañía. No podía faltar un Mayim a su labor ante tanta desesperación.

La mujer suspiró. La aceptación de Elish era un ínfimo oasis de tranquilidad en el mar de inquietud que la desolaba. Solo fueron unos instantes cuando el joven reflejo apareció de nuevo con uno de sus hermanos, envuelto en su paño de terciopelo rojo, debajo del brazo. Corrió cuanto pudo a casa de Foul Belah y volvió para iniciar el camino junto con Tiamat hacia la muralla que rodeaba La Cumbre.

—La plaza está a rebosar. Continúan los festejos del cambio de estación. —La mujer temía ser interceptada de nuevo por artistas e inventores—. Será más rápido ir por los aledaños.

Elish sabía que aquello era algo excepcional. Que aquella prisa hablaba por sí sola y tenía vida propia. Tiamat era una mujer bella, pálida, robusta, tan generosa como terrible.

Tan capaz de ordenar como de causar el mayor de los caos. Tiamat era la creación encarnada, la madre de la vida, sin duda, una de las castas más relevantes y más unidas a la esencia del Uno de Niethen.

Tiamat brillaba, resplandeciente, en los lugares en sombra y a cubierto de las casas. Se decía que cuando se desnudaba, de tanta luz que irradiaba se le desdibujaban sus propios límites y le desaparecía la piel. Pero esa mirada, tibia, ese andar, rígido, ese sentir, opaco, hacían intuir a Elish que algo más que una preocupación o un miedo estaba a punto de ser revelado ante él.

—Por aquí. —Sacó la mujer a Mayim de sus pensamientos para indicarle un atajo hasta la muralla.

El rugido de las fiestas quedaba atrás y se intercambiaba por el eco del sonido de las botas sobre la piedra, callejón abajo. No tardaron en alcanzar y atravesar uno de los portones, donde los esperaban dos caballos: uno blanco como la luz y la verdad, de largas crines plateadas; otro más negro que una noche infinita, de ojos celestes y opacos, ambos hermanos del linaje Shalem.

—Monta en la Noche, Mayim, que a ti no te hacen falta ojos para ver.

Tiamat subió al corcel albino, retirando su esparto y poniendo rumbo inmediatamente hacia el este.

La noche casi caía a aquel lado de Bethel, en poco tiempo oscurecería completamente, allí, tan cerca del Non Sum. No podía dejar de preguntarse Elish por qué habría abandonado Tiamat la casa de su familia recientemente para ir a parar a aquel lugar lúgubre y solitario.

—Puedes pasar, gracias —invitó la mujer con la bienvenida habitual, desde la puerta, a Elish, que observaba, quieto y curioso, el nuevo hogar de la descendiente de los Shalem—. Sígueme, por favor.

—Gracias —respondió Elish, que puso sus pasos en marcha a través del umbral.

No parecía que aquello fuera la casa de una Shalem sino, más bien, se diría que era un lugar donde las cosas iban a morir. Las ventanas y cortinas permanecían cerradas, solo le guiaba el pálido fulgor de la mujer y la tenue luz de algunas velas que se intuía en la habitación al fondo del pasillo, hacia la que parecían dirigirse. Tiamat paró delante de la puerta de la estancia y se volvió para mirar a Elish con un gesto que rezumaba ruego y perdón.

—Ahora, Elish Mayim, antes de que entres en esta habitación, tengo que decirte algo. No es a mí a quien necesito que reflejes.

—Pero, Tiamat, sabes que no puedo reflejar a nadie que no pida ser reflejado.

—Lo sé, Elish, pero escucha. Este caso es diferente. Solo te pido, por toda la misericordia que se albergue en tu corazón, toda la que te dejara el Uno de Niethen, que seguro

que es infinita, que me escuches antes de tomar cualquier decisión.

—Así lo haré, Tiamat Shalem.

La mujer giró para adentrarse en la habitación, dejando el paso libre para que Elish entrara y pudiera discernir, sentado entre las sombras arrojadas por la vigilia de las llamas, la figura estoica y apagada de Mummüt Theop.

Elish buscó los ojos de la joven Shalem, queriendo encontrar una explicación a que un Olvidado estuviera escondido allí, en aquella casa, pasando por alto todas las leyes y normas de Bethel.

—Esto no está bien, Tiamat. —Elish comenzó a sentirse confundido. Ninguna situación que pudiera imaginar se parecía a aquella a la que, realmente, había llegado. Soltó a su hermano, aún cubierto, sobre uno de los caballetes que atesoraba aquella habitación—. No puedes ocultar en tu casa a un Olvidado, ya casi ha pasado el tiempo de la morgue. —Era llamada la morgue el tiempo entre que un individuo se convertía en un Olvidado y le llegaba la muerte—. Estará a punto de fallecer su cuerpo, los cuidadores irán a recogerlo y, si no está, registrarán cada palmo de estas tierras.

—Lo sé, Elish, por favor, escúchame, solo escúchame.

—Eso quiero, Tiamat, quiero entender por qué me incluyes a mí; por qué me pondrías en el lugar de tomar una decisión y faltar a una bethelí o faltar a mi pueblo

—Escucha, Mayim —Tiamat pareció derrumbarse como las piedras que, desafortunadas, pierden el equilibrio por

un acantilado—, bien sabes que jamás te empujaría a este laberinto sin de verdad creer, con certeza, que eres el único individuo sobre Bethel que puede encontrar una salida. Hace ya demasiados soles que Mummut descubrió algo que podría cambiar el rumbo de nuestra historia. Voy a explicarte absolutamente todo, pero, Elish, Elish Mayim, necesito que hagas algo antes de que Mummut se vaya para siempre y ya no haya vuelta atrás. Mi querido Theop siempre pensó que tu poder es inconmensurable y totalmente necesario para la trascendencia de esta civilización. En sus últimos días, una idea le rondaba, ya sabes, a Mummut Theop no le rondan las ideas como a cualquier individuo: él era el hilo que nos unía con la presencia absoluta del Uno de Niethen; su hijo aquí, en Bethel, el alma de este pueblo. Una idea en Mummut, como en cualquiera de sus antecesores, era una certeza atemporal de que algo iba a ser creado.

—Entonces, eras llamada.

—Así es, Mayim, y viceversa. El linaje de la Inspiración y mi linaje han estado unidos desde tiempos inmemoriales. El caso es, Elish, que Mummut estaba convencido, como se convence un hijo de la Inspiración, con total fe, de que si reflejaras a un Olvidado, este podría recordarse.

—¿Y por qué iba yo a incumplir las leyes, no realizar mi labor correctamente y, así, repudiar a mi pueblo y a mi casta?

—Porque si esto fuera así, Mayim, Mummut recordaría y podría explicarnos todo, y así comprobarías que no vivimos en la verdad. Escucha, Elish, yo no puedo contarte a ciencia

cierta lo que ha ocurrido, pero si de algo estoy segura es de que nunca despreciaría Mummut Theop a su pueblo.

—¿Insinúas que fue injustamente condenado? —Elish podía sentir toda la verdad que pregonaba el corazón de Tiamat, pero esto no hacía más que generarle un gran desasosiego—. ¿Cómo sería eso posible, Tiamat? Cada betheli vive y muere a favor de la vida en el universo. Cada casta, cada labor, es necesaria.

—Elish, te lo ruego. Es nuestra última oportunidad. Han sido soles y noches largas hasta atreverme a buscarte. Te prometo por todos mis antecesores que si fui hasta tu puerta es porque no encuentro otra solución posible. Mira en ti, Mayim, mira, como siempre haces. Eres justo y venerable.

El joven quedó inmerso en la quietud por unos segundos, sin poder apartar la vista de Mummut Theop. Se inclinó sobre sus propias rodillas y colocó sus manos debajo del rostro, como quien contempla algo pequeño y frágil. Entonces, una lágrima bañó su iris azul y cayó, empujada por un suave parpadeo, sobre las palmas abiertas. Quedó en silencio la sala. El instante era tan ensordecedor que apenas se distinguía el crujido de la lumbré temblando sobre la cera. No tardó Elish Mayim en erguirse y dirigirse a la descendiente de la Creación.

—Voy a reflejar a Mummut Theop. Si recuerda, recibiré todos los detalles de lo ocurrido y después me dirigiré a la casta de la Justicia a dar testimonio de lo que aquí haya acontecido. Si no recuerda, haré lo mismo.

Tiamat solo podía ir paso a paso y aquella decisión era más que suficiente para dar el siguiente. Nada merecería la pena de no intentar que Mummut recordara. Quizás ya pudieran morir, ambos, Olvidados, sabiendo con exactitud qué ocurrió el día en que el de la casta de la Inspiración fue-
ra sentenciado. La mujer corrió a destapar el espejo y colocar el caballete enfrente de Theop. Fue entonces cuando el joven de agua se interpuso entre su hermano y el Olvidado para colocar sus manos ante los ojos de Theop, que quedó reflejado en la lágrima Mayim.

No acertaría Elish a concebir si pasó solo un instante o el tiempo se paró. Lo único que supo con certeza es que todo su cuerpo experimentó un frío mortal y un alarido errante que dio paso a un calor intenso recorriendo cada poro de su piel. Como quien pone un pedazo del invierno bajo el cielo del verano y se vuelve primavera, pariendo abejas y flores. Lo único que supo Elish Mayim fue que aquel escalofrío convertido en vida devolvió el brillo a los ojos de Mummut Theop.

—Elish. Mayim. Tú. Tú. —Aún le costaba a Theop articular palabra, después de tantos soles en silencio, estando sin estar, viviendo sin estar vivo.

—¡Mummut! —Tiamat corrió a arrodillarse enfrente del recién renacido—. Mummut, lo ha hecho, lo ha conseguido. Elish Mayim lo ha conseguido. Estás aquí.

—Mi amor. Mi amor. Lo siento —continuó balbuceando el que, ahora, ya no era un Olvidado.

—No, yo lo siento, nunca debí dejar que fueras solo ante la Justicia.

—¿Acaso fuiste a entregarte, Theop? ¿Qué agravio cometiste, querido Mummut?

—No. Elish. No ha sido fácil. Eres necesario y valiente. Siéntate, amigo mío. Tienes que saberlo todo.

4. EL HOMBRE DE HIERRO

PASARON UNOS INSTANTES antes de que Mummut Theop pudiera comenzar a hablar con fluidez. Tiamat le ofreció frutos, que comió a duras penas sin retirar la mirada de Elish. El joven lo observaba, paciente, a la espera de escuchar la historia de Theop y preguntándose cómo era posible que reconocerse en su reflejo lo hubiera traído de vuelta. Aunque, en el fondo de su corazón, lo comprendía. ¿Acaso no se reconocían las personas día a día a través de los hermanos Mayim y volvían a retomar el sendero de la salud, la cordura y el bien? ¿Acaso, de alguna forma, no dejaban de recordar quiénes eran, entre sus miedos y preocupaciones, y volver a encontrarse con su esencia les permitía volver a ellos mismos?

—Amigo Mayim. No sabría por dónde empezar. Empezaré por el final, por el día en que los súbditos me atraparon en la calle del Aire, cuando me dirigía hacia tu casa. —Theop se incorporó en el mullido y gris sillón, para aluminar su rostro y que Elish no perdiera detalle.

—¿Para qué me buscabas, Mummut?

—Verás, necesitaba que hicieras algo por mí. Hacía mucho tiempo, mucho antes de la última vez que nos vimos para que me reflejaras, que intuí que tu labor era mucho más ancha de lo que sabíamos. De lo que sabías ni siquiera tú. Como casi todo lo que sé, es un mensaje directo de nuestro Uno, de nuestra esencia primera. Sin porqués. Sin origen, más que el que se revela más tarde, en el tiempo. Esto que acaba de ocurrir no es más que la respuesta al misterio de mi certeza.

—¿Venías a buscarme para contarme eso? ¿De qué favor, entonces, se trataba?

—Necesitaba, querido Elish, que reflejaras a Cainán Haim. —El viejo Haim, el hombre hecho de hierro, provenía de una de las castas más influyentes y antiguas de Bethel. Con un solo dedo podía esculpir espadas o puertas dimensionales. Su piel era fría y suave; su cuerpo era rudo e indestructible. Cainán era conocedor de todas las aleaciones de los metales, físicas y mágicas, que permitían al planeta avanzar en todos sus procesos. Theop era consciente de que nada tenía en aquel momento sentido alguno para su vecino, pero prosiguió sin dilaciones—. Como sabes, Cainán fue condenado la noche anterior a mi sentencia.

—Así es. Nadie esperaba que el anciano Haim hubiera robado a su propia comunidad —confirmó Elish.

—Realmente, amigo Mayim, Cainán no infringió ninguna ley ni despreció a su pueblo y, ahora, estoy absolutamente convencido de lo que viene aconteciendo en Bethel

desde hace mucho tiempo. Porque no pude llegar a tu casa, ni reflejaste al viejo Haim, pero me has devuelto la memoria a mí y soy el único testigo de lo que la casta Real está procurando al pueblo bethelí. Elish, como sabes, la casta de la Creación y la casta de la Inspiración estamos profundamente unidas desde el principio de los tiempos.

Tiamat se dirigió a Theop como haciendo prueba de su memoria.

—No existe la creación sin la inspiración. No existe la inspiración...

—Sin la creación —concluyó el Recordado—. Así es. Somos dos partes de una misma labor. De una misma esencia. Si los Theop somos el hilo del alma del Uno, los Shalem son, sin duda, sus manos en el mundo. ¿Y quién concibe unas manos sin alma o un alma que no puede tocar y sentir la vida? Sería un alma separada de la existencia. Guardamos en nuestro interior las generaciones suficientes y vividas las décadas necesarias para saber que ambas castas podrían ser solo una. Completa, más transcendida, más útil, con más sentido. ¿Qué sentido tiene que creemos sin unirnos a lo que somos o que generemos inspiración sin cuerpo, quedando muerta, inerte, en el lugar donde no ocurre la vida?

—Comprendo, Theop. ¿Y es eso algo que pueda hacerse? Parece que infringe la ley de las castas.

—Es cierto, Elish. Según la Justicia, las castas se fusionarán cuando disponga la transcendencia, conteniéndose en el individuo Zero vigente de la realeza. Lo contenido en el

Zero pasará a su descendiente, que seguirá sumando castas hasta incluirlas todas y convertirse en el Uno, que creará vida en un nuevo mundo.

—¿Es por eso que te sentenciaron, Theop? Tiamat, querida, debes estar entonces en el punto de mira —adoleció el joven.

—Mayim —respondió la mujer—, no alcanzamos a solicitar la fusión de nuestros átomos. Algo ocurrió antes que cambió todo.

—Verás —prosiguió Mummut Theop—, decidimos, juntos, solicitar esta fusión para la próxima venida. Con fortuna, aún nos quedaban varias décadas antes de morir e intuíamos un largo proceso, arriesgándonos a ser sancionados o incluso sentenciados, pero no hay mayor sentencia que mirar a un pueblo que trata lo que de él sale con desprecio, separando quiénes son de lo que pueden dar al otro. Si éramos sentenciados, Mayim, nuestras castas serían unificadas en el rey; el rey las desplegaría en los súbditos y, eso, sería suficiente.

El rey, matriz de todas las castas trascendidas u olvidadas, ordenaba un ejército de súbditos en los cuales depositaba todas las labores contenidas para facilitar la llegada de estas al pueblo de Bethel. Los súbditos atendían las ordenes del monarca Zero y las labores les eran trasladadas y retiradas según necesidad de la casta Real.

—Pero queríamos saber, Elish, si existía alguna sanción al margen del Olvido por la que pudieran separarse nues-

tras castas de forma definitiva hasta el momento final de la trascendencia en el Uno. Si íbamos a solicitar que se infringiera una ley, teníamos que cerciorarnos de que no hubiera un castigo peor que perder nuestra memoria y nuestro linaje —explicó Tiamat.

—Por eso nos dirigimos a los registros, para buscar si en la historia de Bethel alguna casta había solicitado fusionarse con otra y cuál había sido la respuesta a dicha petición. —Mummut parecía recuperar todas sus cualidades y su ligereza. La fuerza de sus ojos grises, el brío de su cabello rizado y el rosado de sus mejillas, aunque Elish podía sentir una tristeza oscura y profunda envolviendo su espíritu, dorado e imponente—. Buscamos días y noches y no encontramos nada al respecto pero, en una de aquellas visitas, dentro de la sala del Archivo de los Olvidados, vimos algo que se nos antojó extraño.

—Cayó la noche, Mayim, y no quedaba un alma en aquella habitación, estábamos rendidos y nos quedamos dormidos tanto tiempo que se apagó la luz de nuestra vela. Uno de los súbditos, que no debió percatarse de nuestra presencia, entró en la sala portando un registro en sus manos que, delante de nuestros ojos, abrió, modificó y guardó en un depósito bajo llave. —Tiamat parecía tener prisa por que Elish comprendiera la gravedad de la situación.

—¿Con llave? Eso no es posible ¿Cómo iba un súbdito a hacer eso? No puede negarse a un bethelí el acceso a un registro —cuestionó el joven Reflejo.

—Fue exactamente lo que pensamos. Incluso que fuera cosa del propio súbdito, pero no supimos qué hacer en ese momento —continuó relatando Theop, que acomodó de nuevo su postura para acercarse al muchacho—. Al día siguiente, volvimos a la sala, apagamos la vela y se repitió la misma escena con otro súbdito diferente. Así durante cuatro días, cuatro súbditos, y, al quinto, nos colamos entre las columnas del pasadizo y esperamos escondidos en la claraboya para tener visión, desde arriba, de qué contenía el registro.

—Podrían habernos sentenciado a los dos —interrumpió Elish.

—De habernos sentenciado, juntos, habríamos tenido el mismo fin que podríamos tener de haber solicitado la fusión. —Para Tiamat, aquel entramado laberíntico no tenía apenas escapatoria, al menos, ahora, podría ser sentenciada junto a Mummut Theop.

—Lo que vimos, Mayim, fue un registro de Olvidados. Poco podíamos distinguir desde ahí arriba sino fuera por el candil del súbdito, pero algo nos llamó la atención. Un símbolo junto a algunos de los nombres de los sentenciados y, en especial, el nombre que el propio súbdito escribía, junto al mismo símbolo, en el registro: Cainán Haim. Después de eso, cerró el registro y lo guardó, de nuevo, bajo llave.

Elish no lograba comprender la rareza de la situación.

—Sigo sin entender porqué lo escondían del resto de los ciudadanos, pero ¿qué habría de extraño en incluir el nombre de uno de los condenados? —cuestionó.

—Que aún no había sido sentenciados —respondió Tiamat, en un temblor, ante el cual el cuerpo de Elish reaccionó erizándole la piel.

—Nunca se registra como Olvidado a un individuo sentenciado, hasta después de ejecutar la condena, por la ley del Respeto a la Incertidumbre. —Mummut parecía saber más de lo que las propias circunstancias explicaban—. ¿Qué haría el bueno y poderoso de Cainán en contra de su pueblo, Elish?

—Es extraño. Aunque muchas acciones de buenos individuos han resultado ir en contra de Bethel, amigo.

—Algunas, sí. Pero no todas, Mayim —prosiguió Theop, destilando decepción y tragedia en cada palabra—. Salimos de Palacio y no podía entender lo sucedido. Me despedí de Tiamat y no pude evitar dirigir mis pasos a casa del viejo Haim. Bruñía su piel y bebía vino y enseñida me invitó a tomar una copa y comer algunos frutos. Hacía mucho tiempo que no conversábamos y se nos pasó la noche entre ideas, sentires y entendimientos. No me pareció estar en la presencia de una persona que hubiera, de ninguna de las maneras, traicionado a su pueblo. Ya sabes como era el bueno de Haim, lo reflejaste en muchas ocasiones.

—Un individuo con ese alto nivel de trascendencia posee un correspondiente nivel de conflictos. Eso sí, casi no se había reflejado cuando ya había vuelto a trascender el asunto que le había traído hasta mí. El bueno de Cainán.

—El bueno de Cainán, Elish —afirmó Mummut—. Salí por la puerta de su casa con las primeras luces y no tuve lugar de girarme cerca de la plaza cuando los súbditos llamaron a su puerta. Corrí para acercarme, estaba aún en la esquina. Se llevaron a Haim como a un perro, sin ninguna explicación. El viejo no podía decir nada, creería incluso que era yo quien llamaba para darle respuesta a alguna de sus preguntas. En unos instantes llegó el Nuncio a informar a los vecinos de la sentencia de Olvido contra Cainán Haim por un robo a la casta del Ganado que habría cometido esa misma noche, ante los ojos de varios testigos.

—Pero Cainán pasó contigo la noche. —Elish comenzaba a entender la desazón en el interior de Mummut y Tiamat, acogido en su propio ser.

—Sí. Cainán pasó conmigo la noche. No pudo robar. Ni siquiera lo pudieron confundir con otro bethelí. No se confunde al hombre de hierro con cualquiera. Elish, aquel individuo estaba siendo falsamente sentenciado, justo la noche en la que su nombre fue incluido en un registro al que nadie en Bethel puede acceder. Me apresuré a contarle todo a Tiamat. No sabía qué hacer. Era todo demasiado confuso, pero apuntaba a una deslealtad por parte de los súbditos o, en su nombre, de la casta Real.

—Entonces, amigo, decidió Mummut hacer algo, al igual que decidiste tú hace apenas unos instantes. Acudir a la Justicia y explicar todo lo que había acontecido. —Tiamat esperaba aquel momento en el que Elish pudiera entender

que cualquier ciudadano en su sano juicio decidiría lo mismo, pero no siempre lo que parece justo lleva el camino a buen fin.

—Cuando acudí a la Justicia, Mayim, se me atendió como a cualquier bethelí. El individuo de la casta escuchó todo mi relato y ordenó a los súbditos que me custodiaran hasta poder otorgarme respuesta. Pero lo que encontré, querido Elish Mayim, no fue lo que esperaba. Ya anoecía, entendí la tardanza por lo relevante del asunto. Por fin la Justicia se hizo presente, para mi asombro, junto al rey, que impuso sentencia al Olvido por delito de odio al pueblo bethelí y por falta a mi labor, asunto que no tenía relación con lo que allí yo había llevado.

—¿Cómo es posible, Theop? —Entendía Elish que si un bethelí no podía confiar en la casta de la Justicia, se abría una brecha en el espíritu de aquella civilización.

—En el camino a Palacio, Elish, pensé que si pudiera zafarme de los súbditos, si pudiera llegar a tu casa y contarte todo, si pudiera haberme escondido allí dos noches, habríamos podido escapar al Non Sum y reflejar a Cainán y después a los demás Olvidados para conocer sus testimonios y levantar al pueblo de Bethel en contra de este crimen. Y eso fue lo que hice. En el cruce de la Guarida, al agacharnos por la arboleda, zarandeeé con todas mis fuerzas las ramas y salí de espaldas por la esquina. Creí haberlos perdido entre las columnas de los jardines del Sicaib, pero al entrar por la calle del Aire, habían atajado camino y los tenía tan cerca

que, si seguía avanzando y lograba entrar en tu casa, solo conseguiría que te culparan a ti también, el Uno sabe con qué pretexto.

—Mummut... triste canción esta que cantas. ¿Cómo puede un bethelí, por Justicia o por rey que sea, ser desleal y asesinar a su pueblo?

—Lo sentenciaron entonces, Elish, al Olvido —intervino Tiamat—. He pasado soles y soles sin saber qué hacer. Separadas para siempre, hasta el final al menos, nuestras castas. Separada de Mummut y testigo de una injusticia. No quería implicarte pero, honestamente, no existía otra salida. No hay razón suficiente ni lógica para perpetuar esta violencia. De no haber aceptado, Mayim, nunca hubiéramos terminado por saber la verdad. Merece Bethel toda nuestra entrega, pero, dime, amigo, ¿merece la verdad nuestra entrega a este sistema que manipula, culpabiliza y decide por la vida de los individuos? Ya sabes lo que ocurrirá cuando esta noche montes en uno de mis hermanos y vayas a visitar a la Justicia.

Cuando Elish escuchaba, cuando no preguntaba, asumía. Desprendía en aquel momento una mezcla entre pavor y calma que solo él, el reflejo, el espejo de todos los habitantes de Bethel, podría destilar.

—¿Qué piensas que deberíamos hacer, Tiamat? —preguntó.

—Pienso que no deberías ir a la Justicia. Pienso que podríamos ir al Non Sum en ausencia de los Cuidadores y que,

allí, podrías reflejar a todos los Olvidados. Que podríamos entender mejor la situación y viajar a La Cumbre. Ir al festival y, allí, contar al pueblo de Bethel qué está aconteciendo. Y que decidan si nos creen o nos sentencian. Y si nos sentencian, al menos, habremos honrado a la verdad.

Elish estaba absolutamente convencido de que esa verdad, esa que se expandía por los poros de Tiamat, era asumida de forma real por ambos, pero, antes de acceder a tal propuesta, necesitaba asumirla también y entender qué estaba ocurriendo en Bethel.

—Haremos una cosa, Tiamat, Mummut. Esta noche me quedaré con vosotros. No voy a acudir a la Justicia. Mañana, temprano, iré a los registros y, si es necesario, subiré a la claraboya. No porque no os crea, sino porque siento que he de indagar y comprender un poco más sobre todo esto que me contáis.

—Es peligroso, Elish Mayim —declaró Theop.

—Lo sé, amigo, pero si vamos a entregarnos al destino que Bethel nos imponga, necesito saber cuál será la mano ejecutora.

Esa noche fue larga para los tres, entre la inquietud y el pensamiento, aún siendo las noches cortas en el pequeño astro. Elish decidió levantarse antes de lo previsto. Dejó allí a su hermano y miró antes de marchar a Mummut y a Tiamat, juntos, exhaustos y abrazados. Dejó una nota a los pies de su camastro que rezaba: «Tiamat, Mummut, a mis ojos ya sois la misma cosa. A los ojos del Uno, siempre lo ha-

béis sido. Quisiera pedirte un favor, amiga Shalem. Al despertar, mientras estoy en Palacio, ve a La Cumbre y recoge al resto de mis hermanos. Guardadlos y protegédlos hasta que vuelva». Sabía, en su corazón, que en poco tiempo nada volvería a ser igual. Que pronto, en unos soles, si no lograban llevar adelante su plan, habría decenas de súbditos buscando a Mummut Theop y que Tiamat sería condenada. E incluso que, encontrara lo que encontrara en los registros, si realmente decidían partir al Non Sum, reflejar a todos los Olvidados y conseguían llegar hasta La Cumbre, ¿qué futuro le esperaba a la civilización bethelí?

El joven de agua montó en la Noche y cabalgó a favor del sol.

5. MARA

ELISH DEJÓ LA puerta de su casa abierta, aunque entornada, para que Tiamat pudiera acceder sin mayor problema cuando despertara y llegara a la ciudad. Se aseguró de que todo estaba en orden, sus hermanos acicalados y preparados para el transporte, y fue a preguntar a Foul si quizás Limmir Gaizhan había pasado por allí en algún momento del día anterior.

—Solo vino Remín Kadash, Mayim, y no parecía tener prisa —le confió su vecino—, pero a Gaizhan no lo vi ni por los alrededores.

—Gracias, vecino, quizás será mejor que pase por sus tierras ahora que aún es temprano. —El joven no quería adentrarse en Palacio sin cerciorarse de si Gaizhan vivía y estaba cuidando sus últimos días.

Ya de lejos, al coger la senda del camino a las tierras fértiles, podía otearse al viejo Limmir, lento y concentrado, preparando las semillas, como cada mañana.

—Mayim, gracias.

—Gracias, Gaizhan. No has parado ni un momento, según intuyo. ¿Acabaste los registros? ¿Sacaste el vino que me prometiste?

—Los acabé, querido Elish, vino esa pequeña de los Rubik, que yo le digo dibujanta, y ella se enrabietta y comienza a gritarme «¡Viejo Limmir! ¡Soy arquitecta! ¡¿Acaso te llamo yo a ti florista?!». —Gaizhan reía sin fuerzas—. Es tan divertida, ¡ni la década tiene! Y buena con las estructuras. Con muchas ganas de comenzar sus registros. Divina infancia. ¿Crees que el alma de lo divino se puede corromper, Mayim?

El muchacho quedó perplejo ante la complejidad y lo oportuno de la pregunta.

—Barruntas el destino como barruntas el tiempo, amigo.

—Será la antesala del final, que es luminosa y limpia como la frente de un recién nacido. Estoy bien, Elish, algo cansado, no debe quedar mucho. Es extraño, me duele dejar mis tierras... ¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Limmir Gaizhan, acercándose al joven. Realmente, era extraño el apego que, ante los ojos de la muerte, el Recolector sentía.

—Dejarme que te acompañe hoy, hasta que caiga la noche y tenga que marchar.

—Por supuesto, Mayim, hoy sí que sacaremos el vino. ¡La pequeña podría haberse quedado dormida en el primer sorbo!

Ambos araron la tierra, recogieron los frutos y, al pintarse los primeros trazos de la tarde, iniciaron su ban-

quete de despedida. Hablaron, debatieron y compartieron ideas y divagaciones, inmersos en el dulce aroma del licor del este.

—¿Sabes lo que me gustaría, Mayim? Que cuando ya no existan las castas, el Zero se convierta en el Uno y abandone este planeta para crear un nuevo mundo, dé luz a tierras extensas y más lentas. Que los frutos no nazcan y mueran en el mismo sol, sino que la semilla se duerma en la oscuridad del suelo: que se agite al son del tiempo y las estrellas, sin prisa. Que surja ante nuestros ojos y madure bajo las lunas. Así, como nosotros hacemos.

—Pero eso sería más inseguro —rebatí Elish—. Si no depende solo de la intención del planeta...

—Ya. Y también sería más cercano a lo que somos los individuos. Quizás pudiéramos entender mejor lo que se nos da. —Limmir volvía a mirar al joven Mayim como siempre, desde que Elish tenía uso de razón—. Reflejo, Reflejo... Y, dime, dónde tienes que marchar cuando anochezca.

Elish dudó si contestar durante unos instantes para pasar a entender que, aquel hombre, quizás no viera la luz del día.

—Voy a Palacio, Limmir, a indagar una cuestión de suma relevancia para Bethel.

—Entiendo. ¿Y no necesitas la ayuda de un viejo moribundo?

—Pero Gaizhan, ¿no sería mejor que aguardaras en casa, cómodamente en tu colchón, rodeado de tus tierras?

—Por mis tierras ya he hecho todo lo que podía hoy. Tal vez no las vea florecer mañana. Si eso que tienes que hacer es tan importante para Bethel, llévame contigo. Y si muero mientras tanto, mi descendiente podrá sentirse honrado —sonreía Gaizhan en su convencimiento de que, fuera lo que fuera, no tenía nada que perder.

—Está bien. Partamos, entonces. No sé qué vamos a encontrar, pero estoy seguro de que tu compañía será una ayuda inestimable.

Y de esta forma, Elish Mayim y Limmir Gaizhan iniciaron su camino desde las tierras fértiles hasta Palacio, en busca de respuestas.

La entrada era monumental y arrolladora. No sabía uno si estaba entrando en Palacio o en el paraíso: una multitud de tipos de vegetación frondosa, altas palmeras, y estaría repleto de animales que pasearan a su antojo entre los súbditos de no ser porque dormían en sus guaridas y madrigueras a esas horas. En el centro del jardín, iluminado y sobre un pedestal de oro, el apellido de la casta Real, en letras de acero, hechas con las propias manos de Cainán Haim: MARA, y el símbolo del Zero, una especie de zeta entrelazada en unión con una U, que representaba al último individuo de Bethel. El actual Zero era Belial Mara, el vigente de la primera de las castas bethelíes, el que recogía las labores y las labores contenidas transmitiría a su descendiente.

Los hombres atravesaron la imponente puerta de madera y giraron hacia el pasillo que los llevaba, directamente, a la Biblioteca, para acercarse así a la entrada del Archivo de los Olvidados.

—Limmir, tú quédate a este lado de la galería. Voy a entrar y a apagar mi vela. En unos instantes debe aparecer un súbdito con un registro bajo el brazo. Espera un poco y, entonces, comienza a gritar que te han robado o te han herido, aquí, en la puerta de la sala. ¿Estarás bien?

—Más que bien, Mayim, mucho mejor que solo en mi cama.

—Gracias, amigo.

—Gracias a ti, Elish Mayim, por todo lo que has hecho y harás por la trascendencia. —Limmir apretó la suave mano del joven y lo miró, una última vez, como quien observa un gran misterio.

No quedaba nadie en la sala y Elish aprovechó para colocarse lo más cerca del lugar donde Tiamat y Mummut habían visto a los súbditos esconder el registro, sin peligro de ser visto. Ahogó la llama con sus dedos de agua y aguardó, silenciosamente, tras el estante lateral.

Esperó más tiempo del que podría pensar, pero una luz, acompañada de unos pasos firmes y ligeros, apareció por la entrada de aquella estancia. Cuando pudo alcanzar a ver con claridad la figura, se trataba, efectivamente, de un súbdito con un registro. Aquel súbdito abrió el registro sobre la mesa, se dispuso a sacar la pluma de la ocre capa que cubría sus hombros y escribió un nuevo nombre.

—¡Han robado mi registro! ¡Mi registro! ¡No puedo encontrarlo! —los gritos de Limmir debían escucharse en toda La Cumbre. Muy en serio se había tomado el hombre de tierra su cometido.

El súbdito corrió hacia la puerta de la sala, creyéndose solo y dejando la lumbre y el registro abandonado y abierto. Elish se agachó y avanzó hacia el libro para mirar rápidamente qué contenían sus páginas, aunque fuera de un solo vistazo.

—¿Qué ocurre, Limmir Gaizhan? ¿Cómo estás aquí a estas horas? —La voz del súbdito resonaba en los muros de la sala de Archivo.

—¡Mis registros! No están... ¿dónde están? ¿Acaso los han trasladado?

El joven Mayim paseó su mirada por aquellas páginas, confirmando que, junto a algunos de los nombres de los Olvidados figuraba un sello que Mummut no pudo discernir desde la claraboya, pero que él sí podía observar bajo la luz del candil: se trataba de una zeta y una U, símbolo de la conversión del Zero al Uno. Entre los nombres de los Olvidados a los que se les otorgaba el sello, las castas más avanzadas y trascendidas de Bethel. Los últimos de la lista, Cainán Haim, Mummut Theop y otros bethelíes de buena fe.

Al final de la página, un nuevo nombre junto al sello del Zero. Aún fresca la tinta: Elish Mayim.

No podía el muchacho moverse, ni dejar caer sus párpados, ni entender prácticamente dónde estaba o si era de

noche o de día. Lo sacó del asedio de sus pensamientos un grito del súbdito que atendía a su cómplice.

—¡Limmir! ¡Limmir Gaizhan! ¿Me oyes? Limmir... —Se hizo el silencio—. Radul, ven a ayudarme, este hombre ha muerto. —A Elish la situación se le antojaba surrealista, como un mal sueño—. He de cerrar el registro. Espera y lo llevamos juntos a una de las bases de atomización, enviaré a Yamal y Farez a por sus hermanos.

Casi sin tiempo a reaccionar, Elish arrancó la última página del registro, aquella que contenía su nombre, y corrió a esconderse de nuevo en la sombra.

—Pero ¿qué hago? ¿Acaso el súbdito no va a percatarse? Me encontrará en un instante. No. Así no. ¿Qué importa todo ya?

A Elish se le llenaron los ojos del brillo que dan las lágrimas y eso solo él podía contenerlo. Guardó la página de los Olvidados, apretó los puños, irguió su espalda y caminó hacia la entrada, en dirección a su amigo, Limmir Gaizhan.

No tuvo tiempo Mayim de salir por la puerta de la sala de Archivo cuando los dos súbditos lo alcanzaron por los brazos y las muñecas. La vista nublada, el rugir sordo de los gritos de los hombres, Gaizhan en el suelo. El pasillo hacia la sala del rey fue un calvario de niebla e incomprensión.

—Mayim. ¡Mayim! ¿Nos escuchas? —No sabía el muchacho cuánto tiempo había pasado ni si estaba dormido

o despierto cuando lo devolvió a la sala real la voz de Sinaem Qol, la mano izquierda y primera súbdita de la casta Real—. ¿Qué has hecho, Elish Mayim? ¿Por qué te escondías como un ladrón miserable en la sombra de una sala de registros? ¿Dónde está la página? —La mujer rebuscó en los bolsillos del harapo, encontrando la hoja rota y arrugada con los nombres de los Olvidados.

Elish levantó la mirada para encontrarse, en primer plano, con el dulce y terso rostro de Qol, en la vanguardia de una comitiva de súbditos que arropaban al individuo Zero, Belial Mara.

—Gracias, Mayim. Cuéntame, ¿por qué estabas en esa sala, haciéndote con estos datos? ¿Qué pretendías hacer con ellos? —El tono grave y suave del rey pretendía obtener frutos de la conversación con el joven.

—¿Qué más da, alteza? Si ya soy un Olvidado —replicó Elish.

El Zero se abrió paso entre los súbditos que lo guardaban y se acercó al joven Mayim para mirarlo a los ojos como quien se deleita mirando al cielo. El rey era un hombre grande, de ancha mandíbula y altos hombros. Mara, el de los ojos grises, se dirigió al joven de agua:

—Elish Mayim. ¿Qué sería de nosotros sin tu labor? Dime. Tú, que has reflejado a todos y cada uno de los bethelíes.

—A su majestad nunca le reflejé.

—No era necesario. Sabes de las miserias y los miedos de los individuos. Has visto y sentido en ti el amor y el odio

hacia el pueblo de Bethel en el alma de tus vecinos. ¿Cuánta mediocridad opinas que ha de soportar Bethel hasta ver cumplida su profecía estelar? Dime, querido Mayim. —La comprensión de lo que estaba aconteciendo se abría paso entre las tinieblas y los interrogantes que inundaban los pensamientos de Elish—. Castas como la tuya ya han llegado, prácticamente, al culmen de su trascendencia, pueden concluir su avance fuera de la propia casta.

—Como las de Reif Missan, Pamán Kaidel, Cainán Haim...

—E incluso Mummut Theop, sí. Así es. Castas dignas que han cumplido su papel a la perfección en pro del beneficio de esta civilización. ¿Por qué tendríamos que esperar, Elish Mayim, a que llegáramos a ser Uno cuando podemos serlo antes? ¿Cuántas castas irrelevantes, quejas y desprecio, cuántos individuos mezquinos y parásitos podríamos ahorrarnos si aceleramos el proceso? Un proceso que, tarde o temprano, llegará. ¿Has paseado por las calles de Bethel?

—Yo sí. No creo que su alteza lo hiciera.

—Yo tengo súbditos en todas partes. Son mis ojos. Mis oídos. Sé bien que si continuamos así la trascendencia se retrasará y se retrasará y no hay tiempo que perder para continuar creando vida en el universo.

—Continuar creando vida a costa de asesinar a tus propios hermanos.

—Las grandes gestas necesitan de grandes sacrificios, Mayim. ¿Sabes cuál es el mayor peligro? Algo que está sur-

giendo y crece, sol tras sol: el amor por otras cosas, Elish, que no son Bethel. El amor por los ancestros. El amor por los descendientes. El amor por otras castas. La resistencia a morir. ¡A morir! Cuando es el acto más necesario y generoso de nuestra civilización. ¿Crees que no me doy cuenta? Se trata de un retraso absoluto y absurdo hacia el camino del Uno.

—¿Por qué no ha procurado informar a los bethelíes e incluso solicitar el permiso para fusionar la casta Real con las de estos linajes?

—Porque me lo impide la ley de la Justicia. Y no porque la Justicia no esté de acuerdo. Sin duda es un gran aliado. Sino porque la ley es la ley y Bethel la impone.

—Confunde, majestad, el sentido de la trascendencia —interrumpió Elish—. Por muy avanzada que una casta resulte, aún quedan caminos por recorrer, recovecos del alma que acoger, sendas que comprender una vez andadas. Cada individuo, cada labor en cada individuo, es un paso insustituible hacia el Uno; es un eslabón de algo mucho mayor, también mayor que la casta Real. No estás acelerando nada, Belial Mara. No estás amando a Bethel más que los otros. Estás juzgando a tu pueblo, robándoles su dignidad y cometiendo un crimen en nombre de un Uno que no te pertenece.

El Zero miró asombrado a Elish, llevándose las manos a las sienes, asintiendo con su cabeza y dejando caer sus hombros en un suspiro.

—Asombroso, Elish Mayim. Qué capacidad de comprensión. Qué capacidad de amar. Estoy seguro de que habrás sido tan útil fuera como dentro de mí. Llévao.

Los súbditos rodearon al Reflejo, sosteniendo sus brazos, atados en la espalda.

—Puedes recibir una visita, Mayim, para concluir con tus registros y dejar todo listo antes de ejecutar la sentencia y la posterior fusión, ¿a quién debemos dar aviso? —preguntó Sinaem Qol.

—A Tiamat Shalem.

Escoltaron a Elish hasta la estancia del Preludio. Allí pasaría un día antes del Olvido. Un día, antes de que su casta desapareciera y todo se pusiera en marcha para que fuera el individuo Zero el que recibiera en sus venas y su piel el agua pura y clara de los Mayim.

6. EL OLVIDO

LA PUERTA SE entreabrió lentamente. La habitación estaba tan a oscuras que tuvo el joven que cerrar los ojos para evitar la punzada que se colaba a través de su iris y bañaba sus sienes. Permaneció con los ojos cerrados. Aun así, podía discernir cómo la puerta se cerraba, sentir que la intensa luz se marchaba de nuevo y escuchar el crujido de la puerta al cerrarse.

—Elish. Mi querido Elish Mayim.

Abrió los ojos para consolar su mirada en el rostro de Tiamat Shalem.

—Lo siento, Tiamat. No deberías quedarte aquí mucho tiempo. Pronto irán a buscarte y no solo a Mummut, sino también a ti. Mara está unificando las castas más avanzadas. Pronto irán, Tiamat. Y ya no habrá escapatoria. No la hay.

—Sabes que dentro de poco irán a buscar el cuerpo sin vida de Mummut y, entonces, Mayim, no lo encontrarán en el Non Sum. Nos buscarán y no habrá escapatoria para ninguno de los dos. —Observar el gesto vencido de Tiamat era

como intentar buscar vida en una roca o en un puñado de tierra—. Así que dime, amigo, ¿qué quieres que haga antes de que todo acabe? ¿Quieres concluir tus registros?

Elish miró las manos de la mujer, entrecruzadas, temblorosas y vacías.

—No. Quiero, Tiamat, pedirte un favor. ¿Tienes a mis hermanos a resguardo?

—Sí, aunque ya sabes que por poco tiempo.

—Si todo os lo permitiera, Tiamat, te pediría que cuando mi memoria desaparezca y me trasladen al Non Sum, me saques de él como hiciste con Mummut.

—¿Para qué querrías que hiciera eso? Van a buscar a Mummut antes que a ti.

—Lo sé, no necesito que me escondas. Quisiera, Tiamat, que antes de que encuentren a Mummut, atomizarais mi cuerpo junto al de mis hermanos en una de las bases y lanzarais nuestros restos al cielo más oscuro. —Elish parecía tener claro lo que pedía, después de una noche de aceptación y desvelo.

—Pero entonces —no parecía Tiamat entender las intenciones de Mayim hasta que fueron saliendo las palabras de sus propios labios— tu casta no podrá ser unificada con el Zero y nadie podría replicar tu linaje sobre la faz de Bethel.

—Y no habría trascendencia; faltaría un eslabón.

—Entiendo —asintió Tiamat.

—Querida Shalem, no quiero ser partícipe de un acto de desprecio. Piensa el Zero llegar a ser el Uno prescindiendo

de castas que no considera relevantes y que creará vida en otro lugar con el engaño y la sangre de su propio pueblo. Si estoy en lo cierto, si de mí también depende, la trascendencia no tendrá lugar.

El rostro de Tiamat pareció volver a brillar por un segundo, suavemente, y sus labios a plegarse en una sutil sonrisa.

—Si todo es posible, si tenemos tiempo y todo nos lo permite, lo haré sin dudarle, Mayim.

—En mi corazón están cada uno de los bethelíes que existen y existieron en este mundo. En mis manos, en mis ojos, en mis entrañas, todos y cada uno. Con sus dones, sus virtudes, sus miedos y sus obstáculos pero, sobre todas las cosas, con su inmenso amor por la existencia. Eso, querida Tiamat, no va a poder arrebatárselo a Bethel nadie.

Lo que quedó de la tarde, Tiamat y Elish se miraron sin esperar nada, solo dándose cuenta de que estaban juntos en ese momento y pidiéndole a las estrellas que otras civilizaciones regaran el universo con sus Unos, ya que estaban a punto de romper aquella infinita cadena de vida.

Bien entrada la noche, los súbditos abrieron la puerta y Tiamat dejó un beso en la frente de Elish Mayim.

Llevaron al muchacho hasta la base, vestido con sus harapos y con la calma del que confía.

Los súbditos lo ayudaron a entrar en la cápsula y colocaron las agarraderas a ambos lados de la cabeza, haciendo paso entre sus cabellos.

Todo fue rápido, limpio. Tan solo una luz roja y un zumbido.

Dicen los súbditos que allí se hallaron que en el instante justo antes de abandonar para siempre su memoria, Elish Mayim dijo: «La vida es más fuerte que todos nosotros».

Y después, quedó en silencio para siempre.

7. LA PROMESA

NO HABÍA NADA en esas tierras. Más que viento y arena.

Y los Olvidados. Errantes, sentados o recostados. Con la mirada perdida en cualquier horizonte.

Noche, viento y arena. Y silencio. Solo podía averiguarse el fino silbido del aire entre las rocas.

Una serpiente avanzaba sinuosa a través de las dunas, observando, sigilosa. Parecía el único rastro de latido en aquel cementerio repleto de vivos. Comenzó a deslizarse y enredarse en la suave y sedosa piel del que ayer fuera el último descendiente de la casta de los Mayim.

—No es peligrosa. —Mummut Theop agarró la serpiente por la cabeza y por el centro de su cuerpo, lenta y confiadamente—. Tan solo es una errante más.

—Hemos de darnos prisa, deben estar al llegar los Ciudadadores y los Encargados. —No era cómodo para Tiamat volver al lugar donde solo se le prevé a uno la muerte.

Mummut se agachó para coger de las manos a Elish. Era tan extraño ver el rostro sin expresión del aquel individuo. El hombre lo miró, escudriñándolo.

—¿No crees que podría reflejarse él mismo? Debe tener su aguja aún —dijo Theop rebuscando en su casaca, resistiéndose de alguna forma a acabar con todo.

—Mummut, mi amor. No. No tenemos tiempo. Pronto estarán buscándote y nos encontrarán, a los dos. Ya sabes lo que nos pidió, así ha de ser. No creo que nadie quisiera más a Bethel que Elish Mayim. —Theop bajó su mirada y guardó también silencio, como la noche. Colocó el brazo del muchacho por encima de sus hombros, al igual que Tiamat, y ambos lo condujeron hasta el caballo, hermano de casta Shalem, que otras veces había servido al joven de agua y que portaba a sus seis hermanos espejos.

Galoparon juntos hasta la base de atomización del este. No había súbditos que les impidieran el paso, ni los hubo allí jamás. ¿Quién querría atomizar nada o a nadie en su propio beneficio? Nada nace si los Encargados no lo procuran.

Primero fue Elish que, ante Mummut y Tiamat, se descompuso en miles de cientos de ínfimas y brillantes gotas de agua. Después fueron sus seis hermanos que, de la misma forma, acabaron convertidos en la lluvia más hermosa que sus ojos habían visto. Después del proceso de atomización, introdujeron los restos de los Mayim en uno de los continentes portadores con los que, normalmente, se trasladaban a los centros de venida y los Encargados propiciaban las llegadas pertinentes.

Volvieron a los caballos y pusieron rumbo al punto más oscuro de Bethel para cumplir con la promesa que Shalem

había hecho a Elish Mayim. Pero justo en ese camino, Tiamat de la casta de la Creación y Mummut de la casta de la Inspiración se miraron a los ojos y tomaron, sin palabras, la decisión de no cumplir de este modo la última voluntad del joven Reflejo. Cambiaron entonces su rumbo hacia el oeste, allí donde el día les esperaba.

Aún no había bethelíes en las calles de La Cumbre y cabalgaron hasta su pico más alto, el monte Enuma. Fue allí donde lanzaron hasta el espacio celeste los átomos de Elish Mayim y sus hermanos, ante la atenta mirada de su joven sol.

Las infinitas y minúsculas gotas de los Mayim se esparcieron por el cielo bethelí y comenzaron a alzarse más y más; a reflejar al propio astro, a refractar este reflejo de unas a otras, cada vez más rápido. Cada vez más reflejo. Cada vez más refringían.

Y, entonces, se hizo la Luz.

8. LA MEMORIA DE ELISH

DICEN QUE LA masa de luz que formó el reflejo del joven sol sobre los átomos de Elish Mayim era tan blanca y tan cálida como la de la misma estrella, y que era tan grande y tan brillante e intensa que los bethelíes que estaban despiertos y mirando al cielo quedaron ciegos al instante.

Luego, muchos aseguraron que aquella masa se alejó como quien se pierde en el horizonte.

La luz viajó sin rumbo por el espacio conocido y desconocido, durante siete días y siete noches, hasta llegar a un nuevo sistema solar, donde se estabilizó como una pieza que encaja en su justo lugar.

Allí, esa luz fue apagándose, calmándose, arropada por el astro rey, hasta dejar entrever un gran planeta azul: reflejo del universo en el agua de los Mayim. Un planeta de campos firmes, lentos y cíclicos, de días claros y noches estrelladas, morado por seres capaces y laboriosos, destinados a vivir y a morir en una fuente inagotable de existencia; habitantes, descendientes de Elish, que miles de años después llamarían a este lugar «la Tierra».

Es por eso que somos la memoria de Elish. Cada átomo sobre este planeta. Hijos del agua, hechos de agua; espejos los unos de los otros; creadores de nuevos mundos y realidades, a su imagen y semejanza. Fragmentos de un ser excepcional intentando, constantemente, recordar quiénes somos, a través de nuestro propio reflejo; guiados por la firme intuición de que, realmente, somos Uno.

